

Las Ferias del Libro de Madrid (1933-1936) como fiestas republicanas¹

Ana Martínez Rus²

Recibido: 15 de marzo 2018 / Aceptado: 23 septiembre 2019

Resumen. En este artículo se analiza el origen y el contexto político de las primeras Ferias del Libro de Madrid. Esta iniciativa, promovida por los editores de los años treinta, es una de las más exitosas y de más largo recorrido en el mundo del libro en español. Además, supuso la culminación de la política del libro, donde confluyeron profesionales autoridades y público, y contribuyó a la difusión social del libro y de la lectura en ese periodo. Las ferias nacieron al amparo del proyecto cultural de la joven democracia y de la participación ciudadana en la sociedad de masas. Por último, debido a su popularidad, tuvieron una proyección en provincias gracias a los camiones librería de la Agrupación de Editores Españoles.
Palabras clave: Ferias del Libro; venta de libros; Segunda República; Rafael Giménez Siles; Madrid; Agrupación de Editores Españoles; camiones librería.

[en] The Book Fairs of Madrid (1933-1936) as republican festivals

Abstract. This article analyzes the origin and political context of the first Madrid Book Fairs. This initiative, promoted by the editors of the thirties, is one of the most successful and longest in the world of books in Spanish. In addition, it supposed the culmination of the book's policy, where professionals, authorities and the public came together, and contributed to the social dissemination of books and reading during that period. The fairs were born under the cultural project of the young democracy and citizen participation in mass society. Finally, due to their popularity, they had a projection in the provinces thanks to the bookstore trucks of the Spanish Editors Association.

Keywords: Book Fairs; book sales; Second Republic; Rafael Giménez Siles; Madrid; Spanish Editors Association; bookstore trucks.

Sumario. Introducción. 1. Una vitrina al aire libre. 2. Reconocer Portugal: el pabellón. 3. La exposición y los libros. 4. De Pessoa a Lisboa: una realidad aumentada. 5. Turismo literario y virtualización del texto. 6. Otros “caminos” de Portugal. 7. Conclusión: el Invitado y la “autenticidad” en la literatura. 8. Referencias bibliográficas.

Cómo citar: Martínez Rus, A. (2019). “Las Ferias del Libro de Madrid (1933-1936) como fiestas republicanas”. *Cuadernos de Historia Contemporánea*, Vol. 41: 19-39.

¹ Este trabajo se inserta en el Proyecto de Investigación del Ministerio de Economía y Competitividad, HAR 2014-51883-P: «“Scripta in itinere”. Discursos, formas y apropiaciones de la cultura escrita en espacios públicos desde la Primera Edad Moderna a nuestros días», dirigido por Antonio Castillo Gómez.

² Universidad Complutense de Madrid
E-mail: amartine@ucm.es.

1. Introducción

La Feria del Libro de Madrid es una cita ineludible del mundo de la edición en castellano. En el parque del Retiro se reúnen profesionales del libro, público en general e instituciones oficiales en un ambiente festivo. Las editoriales aprovechan esa convocatoria para lanzar al mercado el grueso de sus títulos nuevos. La gran atracción es la venta a los asistentes de novedades y títulos incluidos en los catálogos con un descuento directo del 10% sobre el precio fijado, aparte de la firma de ejemplares por autores y diversos actos culturales. De hecho, la presencia del público es uno de sus elementos más característicos desde su nacimiento y le diferencia de otras ferias como la de Frankfurt o el LIBER (Feria Internacional del Libro), que se celebra en Madrid y Barcelona en años alternos, concebidas específicamente para profesionales. ¿Pero, en qué fecha y en qué contexto nació esta feria que lleva 76 ediciones? La I Feria del Libro tuvo lugar en la primavera madrileña de 1933. El objetivo de este artículo es realizar una relectura de las ferias del Libro de Madrid, analizando el origen y el propósito de la mismas para entender su éxito y su larga trayectoria, a pesar de la interrupción temporal motivada por la guerra civil y el primer franquismo, la censura, los cambios políticos y de nombres, o los traslados de ciudad y de escenario. Igualmente resulta interesante comprobar los elementos que se han mantenido desde su inicio hasta la actualidad. Por otro lado, cabe preguntarse ¿por qué esta iniciativa cultural y comercial nació durante la Segunda República?, o ¿qué papel tuvo el nuevo sistema democrático y la política cultural en el desarrollo de esta iniciativa privada?

2. El proyecto cultural republicano

No parece casualidad que las primeras cuatro ferias del libro de Madrid se celebraran en los años republicanos. Esta actividad representa una de las mayores expresiones de la política del libro de los años treinta. Las acciones oficiales y privadas coincidieron en la difusión del libro y de la lectura en la sociedad de la época. El régimen de libertades y el sistema democrático de la Segunda República facilitaron la divulgación del libro y la promoción de la lectura con la publicación de todo tipo de obras y el establecimiento de bibliotecas públicas abiertas a todos los ciudadanos. El proyecto educativo y cultural formó parte del programa modernizador republicano junto con la reforma agraria y la política sociolaboral en un intento de modificar las estructuras socioeconómicas del país. De este modo los valores culturales se identificaron con la nueva democracia, que trató de republicanizar la sociedad y de difundir el libro y la lectura. La extensión de la educación y la democratización de la cultura era a la vez un deber del régimen y un derecho de los ciudadanos. La República fue un proyecto cultural con señas de identidad propias que incorporó la cultura en claves sociales y de derechos políticos. Se generalizó el objetivo colectivo de la conquista de la cultura y del saber para todos y por todos y no como un privilegio para unos pocos. Además, las decisiones políticas confluyeron con distintas iniciativas entusiastas de los profesionales como la multiplicación de colecciones populares, las Ferias del Libro de Madrid, o el camión-librería de la Agrupación de Editores Españoles. Las estrategias de editores y librerías, así como la actitud y reacción del público

respondieron a las expectativas creadas por la política oficial y formaron parte del mismo proyecto³.

La política republicana multiplicó la dotación en la compra pública de libros para ampliar los fondos de las bibliotecas estatales existentes y abrió nuevos establecimientos por todo el país, aparte de la creación de miles de escuelas y de nuevas plazas de maestros. El Estado educador y de cultura se ocupó de la promoción de la lectura con la creación y expansión de bibliotecas públicas en todo el territorio nacional a través del Patronato de Misiones Pedagógicas y de la Junta de Intercambio y Adquisición de Libros. Las bibliotecas del Patronato formaron parte de la acción de extensión cultural desarrollada por Misiones en el campo. La Junta de Intercambio era un organismo específico en materia bibliotecaria, encargado de modernizar el patrimonio bibliográfico nacional, así como de la dotación y expansión de las bibliotecas del Estado. Tanto las bibliotecas escolares y rurales de Misiones como los establecimientos municipales de la Junta contribuyeron a la difusión del libro en la sociedad española. Pero el régimen no trataba únicamente de mejorar las instalaciones y los fondos de las bibliotecas, sino de fomentar la lectura pública. De hecho, el aporte más innovador de la política republicana fue la generalización de la biblioteca pública abierta a todos los ciudadanos como obra de justicia e igualdad social.

En este sentido la biblioteca fue un agente de socialización del régimen en un intento de republicanizar a los ciudadanos del país, ya que puso a disposición de éstos numerosas publicaciones para elevar su formación intelectual y profesional, así como para facilitar el ejercicio de los nuevos derechos políticos adquiridos. Al mismo tiempo muchos de estos libros contribuyeron a la difusión de los valores republicanos y democráticos. La biblioteca como servicio público se convirtió en un fin y en un instrumento de la conquista republicana y democrática. El concepto y función de la biblioteca se transformó junto con los cambios socioeconómicos y políticos que vivió el país durante este período. De esta manera se superó el concepto restringido y de carácter paternalista de la biblioteca popular de épocas pasadas dirigida a la regeneración de las clases trabajadoras. La instalación de nuevas bibliotecas y la actualización de las colecciones existentes tuvo un efecto multiplicador aumentando la consulta de los lectores habituales, y aficionando a los libros a personas secularmente alejados de lo impreso porque la lectura no formaba parte de sus inquietudes, ni de su universo mental, aparte lógicamente de la falta de medios y del déficit de oferta⁴.

La Junta de Intercambio y Adquisición de Libros también se ocupó de crear un sistema bibliotecario nacional encargado de atender la demanda social de lectura

³ Martínez Rus, Ana: *La política del libro durante la Segunda República: socialización de la lectura*, Gijón, Trea, 2003; y “La difusión de la lectura en la sociedad republicana: ciudadanos, política y editores” en Marie-Claude Chapat y Bernard Sicot (eds.): *Regards: Résistances et Exils*, París, Université Paris X-Nanterre, vol. 8, pp. 87-100.

⁴ Martínez Rus, Ana: “Las bibliotecas y la lectura. De la biblioteca popular a la biblioteca pública” en Jesús A. Martínez Martín (dir.): *Historia de la edición en España (1836-1936)*, Madrid, Marcial Pons, 2001, pp. 431-454; “La biblioteca pública, un derecho democrático (1931-1939)” en Pedro Manuel Cátedra García, M^a Luisa López Vidriero y M^a Isabel Páiz Hernández (coords.): *La memoria de los libros: estudios sobre historia del escrito y de la lectura en Europa y América*, Salamanca, Fundación Germán Sánchez Ruipérez/Fundación Duques de Soria, 2004, vol. 2, pp. 229-244; “La lectura pública en la Segunda República” en Jesús A. Martínez Martín (ed.): *Historia de la lectura, Ayer*, 58, (2005), pp. 179-203; y “Ciudadanos y libros: la política bibliotecaria de la Segunda República” en Claudia Cabreo Blanco, Xuan F. Bas Costales, Víctor Rodríguez Infiesta, y Sergio Sánchez Collantes (coords.): *La escarapela tricolor. El republicanismo en la España contemporánea*, Oviedo, KRK, pp. 697-710.

con establecimientos públicos de distintas categorías, pero interrelacionados. En este sentido, la existencia de una política en materia bibliotecaria, de un plan general suponía un cambio sustancial respecto al pasado, donde las acciones oficiales habían sido episódicas. Pero la realización más destacada fue la instalación de numerosas bibliotecas públicas en el medio rural, secularmente abandonado. El Patronato de Misiones Pedagógicas se encargó de distribuir más de cinco mil colecciones en las escuelas de pueblos y ciudades, pero con carácter público, a disposición de todos los vecinos. Las más de 270 bibliotecas municipales de la Junta de Intercambio eran establecimientos de mayor envergadura situadas en localidades agrarias más pobladas, pero igualmente abiertas al conjunto de los habitantes. La Junta de Intercambio también se ocupó del movimiento bibliotecario privado con la entrega de numerosos lotes de libros a centros políticos, profesionales, sindicales o deportivos con carácter cultural, consciente de las deficiencias del sistema de bibliotecas públicas.

Esta inversión en lectura pública impulsó notablemente la industria editorial y el comercio del libro en el país ya que, aparte del beneficio directo por el incremento de las compras públicas de libros, amplió la base social lectora, creando nuevos lectores y potenciales compradores de publicaciones. En este sentido, el editor y vicepresidente de la Cámara del Libro de Madrid, Manuel Aguilar, reconoció en una entrevista realizada por el periódico *El Sol*, en enero 1933, que el negocio editorial ofrecía grandes posibilidades de éxito debido a las políticas oficiales de fomento de la lectura:

La labor del Gobierno no puede ser más beneficiosa para la industria del libro. El Gobierno está creando miles de bibliotecas. El resultado va a ser que a la vuelta de algunos años el público que concurre a ellas se habrá habituado a leer y encontrará más cómodo poseer una biblioteca en casa, sin las exigencias y determinaciones de horas, lugares, etc. Ya lo verá usted: dentro de cinco o seis años tenemos en España quinientos libreros más y un aumento de veinte o veinticinco mil lectores que comprarán libros⁵.

Aguilar consideraba que en cada pueblo de 4.000 ó 5.000 habitantes donde el gobierno instalase una biblioteca surgiría un librero. Así, la industria editorial registraría un auge sorprendente provocando la creación de un gran mercado nacional independientemente del exterior. De hecho, afirmaba que el aumento inequívoco de lectores ya estaba repercutiendo muy positivamente porque muchos títulos ya no necesitaban del comercio con América para liquidarse. Además, destacó la favorable repercusión de la creación de escuelas y de la extensión de la alfabetización en el ritmo y en la diversidad de la producción bibliográfica. Y a la pregunta de qué clases sociales leían más respondió: “El obrero, la zona alta del obrero, y empleados públicos y de oficinas de particulares, que ya en sus presupuestos incluyen una suma para la adquisición de libros a plazos”. Esta situación se debía, según su opinión, a la irrupción de estas masas en la vida política y social del país en relación con el nuevo régimen republicano. Por este motivo los lectores buscaban fines utilitarios en los libros, se interesaban por cuestiones sociales, económicas, científicas, de artes y oficios. Ante el esperanzador panorama que describía el editor, el periodista de *El Sol* se permitió comentar: “Ya era hora de oír dentro de la República frases de optimismo a algún animador de empresas industriales”, consciente de la oposición de muchos sectores empresariales al régimen, afectados por la crisis internacional, y contra-

⁵ Entrevista al editor Manuel Aguilar en “El libro en España”, *El Sol*, 25 de enero de 1933.

rios a las medidas sociolaborales y a la política económica. En esta misma línea, el también editor y presidente de la corporación madrileña, José Ruiz Castillo, declaró que el aumento en la venta de libros en España se debía a la labor de las Misiones Pedagógicas y de la Junta de Intercambio que estaban creando nuevos y numerosos lectores con el reparto de bibliotecas⁶.

En este contexto sociopolítico y cultural hay que situar el nacimiento de las ferias del Libro de Madrid, y su prolongación a provincias con los camiones-librerías de la Agrupación de Editores Españoles. Por un lado, trataron de responder a la nueva demanda de lectura, impulsada por la política bibliotecaria, y por otro, los editores decidieron sacar el libro a la calle y facilitar el contacto directo con los ciudadanos, aprovechando el ambiente cultural favorable. Las ferias del libro y las rutas del camión-stand por distintas localidades del país fueron unas de las iniciativas más exitosas de la etapa republicana y de más largo recorrido en el mundo del libro, ya que las ferias siguen celebrándose y los camiones librería son el antecedente más inmediato de los bibliobuses. Los editores, conscientes de las nuevas posibilidades del mercado interior con la extensión de las escuelas y bibliotecas, así como de la débil red de distribución y puntos de venta, consideraron que debían fomentar la difusión del libro, acercando las obras al público. Interesados en la búsqueda de nuevos lectores, en la creación de canales de propaganda efectivos, y en la ampliación de los sistemas de comercio optaron por llevar el libro a las manos de la gente. Las bibliotecas públicas habían creado la necesidad de leer, y los editores se adaptaron a la situación para vender sus publicaciones a estos nuevos lectores. Con estas actividades contribuyeron a la divulgación del libro en consonancia con el proyecto cultural republicano y mejoraron sus negocios. Además, las autoridades republicanas respaldaron con su presencia, participación y autorización las ferias y las rutas del camión-librería de la Agrupación de Editores⁷.

3. El nacimiento y desarrollo de las Ferias del Libro de Madrid (1933-1936)

La Feria del Libro de Madrid fue impulsada por Rafael Giménez Siles, el director de Cenit. La idea surgió en la Escuela de Librería, que funcionaba en la Cámara del Libro de Madrid desde 1929. Giménez Siles, profesor de “Técnica comercial del libro”, presentó en marzo de 1933 el proyecto a sus compañeros de la Cámara como iniciativa de los alumnos. La feria se desarrollaría durante varios días en la calle para salir al encuentro de los lectores, aprovechando la Fiesta del Libro del 23 de abril. El Ayuntamiento de la capital autorizaba la instalación de la feria en el Paseo de Recoletos, desde Cibeles hasta los puestos de flores (en una franja de terreno de unos 2 metros). Los librereros de nuevo rechazaron la propuesta y la Sección de editores, aunque respondió favorablemente, no se atrevió a ponerla en marcha por los riesgos económicos que implicaba y la premura de tiempo. Finalmente fueron veinte los editores madrileños que decidieron participar de manera independiente en la primera edición: Editorial Fénix, Espasa-Calpe, Sociedad Bíblica, Editorial Plus Ultra, So-

⁶ Entrevista a José Ruiz-Castillo en *El Sol*, 9 de abril de 1934.

⁷ Martínez Rus, Ana: “La expansión de la lectura: las iniciativas editoriales durante la Segunda República” en *Biblioteca en guerra*, Madrid, Ministerio de Cultura, 2005, pp. 109-121; y “La République des Lettres: éditeurs et librairies en Espagne (1931-1936)” en *Mouvement Social*, 219-220, (2007) pp. 93-105.

ciudad General Española de Librería, Sáenz de Jubera Hermanos, Biblioteca Nueva, Editorial Cenit, Manuel Aguilar, Editorial Atenea, Editorial América, Saturnino Calleja, Editorial Dédalo, Editorial Pueyo, Juan Bergua, Editorial Estudio, José M^a Yagües, Revista de Occidente, Revista de Pedagogía y la Editorial Castro. Para sufragar los gastos de la feria los editores acordaron destinar el 30% de las ventas, aunque la Cámara del Libro adelantó los fondos. Se trataba de exhibir lo mejor de la producción bibliográfica nacional con un descuento del 10% sobre el precio final, sentando así una tradición en el mundo editorial, que espera a lanzar sus nuevas publicaciones en la feria que anualmente se sigue celebrando en el parque del Retiro de Madrid.

El objetivo era popularizar y divulgar el libro porque las librerías no exhibían suficientemente las publicaciones y la propaganda resultaba escasa. Además, tenían algo de recinto cerrado donde sólo acudían especialistas, intelectuales y profesionales. Asimismo, trataron de responder a los colectivos sociales que frecuentaban los quioscos, los carritos y puestos ambulantes o las librerías de viejo porque eran más accesibles y baratos. La gran innovación e interés de la feria residía en que la mayoría de las obras que presentaban las editoriales eran novedades y libros que permanecían en el comercio diario de librería, y además más baratos. No había ni un resto de edición, ni un lote invendible ya que la feria no se aprovechó para sacar libros de difícil venta, sino para mostrar la producción bibliográfica más moderna. Esta situación contrastaba con la Fiesta del Libro, donde se vendían con descuento muchos títulos antiguos o de difícil salida. La Fiesta del Libro se estableció en España en febrero de 1926 por Real Decreto el día 7 de octubre, fecha del nacimiento de Cervantes, para fomentar la difusión del libro. Los libreros sacaban puestos de libros a la calle, en las aceras de sus establecimientos y vendían los libros de su fondo un 10% más baratos, salvo los de texto. En 1928 la fiesta a efectos comerciales se convirtió en Semana del Libro por acuerdo de las Cámaras del Libro, y aumentaron considerablemente las ventas. Pero en 1930 se trasladó al 23 de abril, coincidiendo con la muerte del autor del *Quijote*, para alejar la Fiesta de la compra de libros de texto al inicio del curso escolar y colocarla en primavera con un tiempo más favorable. El éxito y la popularidad de la Fiesta del Libro sirvieron de acicate y de experiencia previa a los editores para lanzarse a la aventura de las ferias. De hecho, la I Feria coincidió con el Día del Libro en 1933, pero el conflicto de intereses que desató esta iniciativa entre el gremio de editores y de libreros por la venta directa al público con descuento, provocó la separación temporal de ambas celebraciones en los años posteriores, capitalizando la fiesta los libreros y las ferias los editores, aparte del interés comercial por explotar ambas citas, evitando solapamientos. Además, a partir de la Fiesta del Libro de 1934 se sustituyó el descuento del 10% en las ventas con la entrega de un ejemplar de regalo. Así en el año 34 se entregó una reproducción facsímil del *Exemplario contra los engaños y peligros del mundo*, impreso en Zaragoza en 1537, por una compra superior a 10 pesetas. En 1935 se regaló a todos los clientes un ejemplar facsímil de *Rimas Divinas y Humanas* de Lope de Vega, aparte de un sorteo de un lote de libros a elegir por valor de 2000 pesetas entre todos los compradores de los días 22, 23 y 24 de abril. Y en la Fiesta de 1936 los libreros premiaron a sus clientes con una edición de las *Rimas* de Bécquer. La idea del obsequio de una obra surgió entre los profesionales del libro de Barcelona con motivo de la Semana del Libro de 1931, dejando el habitual descuento sólo para las compras del mismo 23 de abril, pero la adopción de esta práctica por parte de los libreros de Madrid buscaba desmarcarse del funcionamiento de las ferias del libro, debido al enfrentamiento con sus compañeros editores.

En cualquier caso, es evidente la influencia previa de la Fiesta del Libro, con apenas siete años de antigüedad, en las Ferias del Libro, así como la secular venta ambulante de todo tipo de publicaciones en el espacio público⁸.

Pero las ferias supusieron un paso cualitativo respecto a la fiesta por su concepción, diseño y organización. Ahora no bastaba con puestos provisionales en las aceras de las librerías como prolongación de los escaparates y de las estanterías del interior de los mismas. En las ferias los protagonistas fueron las editoriales que se pusieron sus mejores galas para exhibir y vender su producción bibliográfica, aunque también participaron algunas librerías. Para sacar los libros a la calle, al aire libre, se eligió un espacio amplio, céntrico y simbólico de la ciudad de Madrid como el Paseo de Recoletos y se diseñaron unas casetas artísticas y funcionales de madera para cada expositor que facilitasen la exposición y la venta de libros. Estas casetas eran estéticamente mejores y más atractivas que las actuales que se instalan en el parque del Retiro. Además, en 1933 se decoró el recorrido con carteles sujetos en los troncos de los árboles con sentencias de ilustres escritores incitando a la lectura como la de Cicerón: “Una habitación sin libros es como un cuerpo sin alma”, la de Plinio: “No hay libro por malo que sea que no contenga cosas instructivas”, la de Roger Bacon “Leer es conversar con los sabios” o la de Fray Antonio de Guevara: “La sabiduría no está en los hombres canos sino en los viejos libros”. Así esta céntrica amplia avenida, paralela a la Biblioteca Nacional, se convirtió en capital simbólica del libro⁹. Por este motivo, después del paréntesis de la guerra y los primeros años de posguerra, las ferias se siguieron celebrando en este mismo lugar, aunque rebautizado como Paseo de Calvo Sotelo, desde 1944 hasta 1967, año en que se trasladó al parque del Retiro debido a la falta de espacio por el incremento de participantes. Aunque durante este periodo la Feria del Libro de Madrid fue renombrada como Feria Nacional del Libro, viajando en varias ediciones a Barcelona y Sevilla, y fue organizada por el Instituto Nacional del Libro Española (INLE). Con este cambio de denominación la dictadura franquista quería romper con los orígenes y el contexto sociocultural de las primeras cuatro ferias republicanas, a la vez que se apropiaba de esta actividad por el éxito indiscutible de la misma¹⁰.

Las autoridades republicanas, de distinto signo político, apoyaron esta iniciativa con su presencia y la compra de numerosos ejemplares para las bibliotecas de centros oficiales. Además, el Ayuntamiento de la capital y la Presidencia de Gobierno concedieron subvenciones. De hecho, sus organizadores pretendieron convertir las ferias en una fiesta republicana de participación ciudadana y exaltación del libro. Seguramente esta experiencia no hubiera madurado sin la política oficial ni el sistema de libertades y democrático de la República. Los políticos y la sociedad civil coinci-

⁸ Cendán Pazos, Fernando: *La Feria Nacional del Libro: Apuntes para su historia*, Madrid, INLE, 1960; *Historia de la Feria del Libro (1933-1936)*, Madrid, Cendán, 1987; y *La Fiesta del Libro en España. Crónica y miscelánea*, Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 1989. Y los reportajes sobre la celebración de la Fiesta/Semana del Libro en *Bibliografía General Española e Hispanoamericana*, Madrid, 1926-1936. Santonja, Gonzalo: *La República de los libros. El nuevo libro popular de la Segunda República*, Barcelona, Anthropos, 1986.

⁹ Martínez Rus, Ana: *La política del libro...* pp. 367-402; “La política del libro y las Ferias del Libro de Madrid (1901-1936)” en *Cuadernos de Historia Contemporánea*, n° 25, 2003, pp. 217-234. “La política editorial durante la Segunda República” en Idoia Murga y José M^a López Sánchez (eds.): *Política cultural de la Segunda República Española*, Madrid, Editorial Pablo Iglesias, 2016, pp. 147-170.

¹⁰ Rodrigo Echalecu, Ana M^a: *La política del libro durante el primer franquismo: 1939-1951*, Tesis Doctoral, UCM, 2016, recientemente publicada con el título: *El libro autárquico y la biblioteca nacionalcatólica. La política del libro durante el primer franquismo: 1939-1951*, Zaragoza, PUZ, 2018.

dieron en la promoción del libro y de la lectura. No olvidemos que las ferias fueron un acto cultural y comercial, donde se unía el negocio de las empresas con el elogio y la difusión de lo impreso. En este sentido en la inauguración de la I Feria a la que asistieron el ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, Fernando de los Ríos, y el alcalde de Madrid, Pedro Rico, el presidente de la Cámara del Libro de Madrid y editor de Biblioteca Nueva, José Ruiz Castillo, relacionó la política cultural republicana con la aparición de la feria:

El libro no es ya artículo de selección y para pocos. Felizmente, los tiempos le han democratizado, y hoy se yergue ante las multitudes para recoger sus anhelos y derramar sobre ellas los beneficios de orden espiritual que tiene la lectura. (...) esta pública demostración no habría sido posible sin el ambiente de exaltación de los valores culturales que ha creado la República, en cuyos gobernantes hallan el libro y su difusión el apoyo más decidido”, [la cursiva es mía]¹¹.

De hecho, la labor de Misiones Pedagógicas y de la Junta de Intercambio y Adquisición de Libros había contribuido notablemente a la difusión del libro y al desarrollo de la industria editorial. Precisamente Fernando de los Ríos en el festival del Teatro Español del 24 de abril, destacó el aumento del gasto público en la expansión y dotación de bibliotecas públicas en más de un millón. Antes de 1931 el Ministerio de Instrucción destinaba a la adquisición de libros unas 440.000 pesetas, y en 1933 el presupuesto destinado a este fin ascendía a 1.690.000 pesetas. A lo que había que sumar las 225.000 pesetas del Ministerio de la Guerra para la creación de la Biblioteca central del Ejército y de otras diez bibliotecas en las principales cabeceras de la organización militar. También visitaron la feria en 1933 el Presidente de la República, Alcalá-Zamora, el Presidente del Gobierno, Manuel Azaña, y los Ministros de Estado, Agricultura y Justicia¹². Además, los editores para otorgar mayor entidad a la feria y conseguir la implicación de los responsables políticos en 1934 y 1935 crearon un Comité de Honor, que incluía a los presidentes de gobiernos, a los ministros de Instrucción Pública, Estado, Industria y Comercio, al alcalde de Madrid o al director de la Academia de la Lengua, y a representantes del cuerpo diplomático de países hispanoamericanos, entre otros. En ambos formó parte el diputado a cortes y futuro ministro de la Guerra, Diego Hidalgo, por su amistad con Giménez Siles y su apoyo económico en los primeros años a la editorial Cenit¹³. De esta manera los organizadores consiguieron un mayor respaldo institucional y económico.

En este sentido, cabe destacar las compras públicas de libros que proliferaron durante los días de feria, contribuyendo al éxito de la misma. Así, por ejemplo, en 1934 el Ministerio de la Guerra invirtió 10.000 pesetas en la adquisición de cin-

¹¹ “La Semana del Libro en Madrid” en *Bibliografía General Española e Hispanoamericana*, abril de 1933, p. 54.

¹² “Desde allí, a Recoletos, donde está la feria de los libros. Algunos editores tenían grandes deseos de que yo fuese a clausurar la feria, inaugurada por Ríos. Les dije que iría ayer por la mañana, y los periódicos publicaron la noticia. El viernes por la noche, Saravia me dijo que haría bien en no ir, porque habiéndose dado la noticia, se aglomeraría demasiado público. (...) Ayer, sábado, por la mañana, volvieron a preguntarme si insistía en ir, y contesté que sí, pues lo había ofrecido. Nuevamente quisieron poner inconvenientes. Les dije que avisaran a Domenchina; entre tanto, el Presidente me habló por teléfono, para decirme que él iría a la feria a las cinco. Entonces me ofrecí a acompañarle”, en Azaña, Manuel, *Memorias políticas 1931-1933*, Barcelona, 1978, p. 610.

¹³ Hidalgo, Diego: *¿Por qué fui lanzado del Ministerio de la Guerra? Diez meses de actuación ministerial*, Madrid 1934, pp. 20-22.

cuenta bibliotecas para otros tantos Hogares del Soldado. El Patronato de Misiones Pedagógicas dedicó 5.000 pesetas a la compra de libros para la distribución de sus bibliotecas rurales. El Ministerio de Marina empleó 2.000 pesetas para la creación de bibliotecas en cuatro buques de guerra y el Ministerio de Trabajo gastó 4.000 pesetas en la adquisición de libros. La Presidencia de la República adquirió 2.500 pesetas en libros para regalar a niños. El bibliotecario del Congreso de los Diputados compró obras valoradas en 1.000 pesetas. El alcalde de Madrid, Pedro Rico, adquirió libros por importe de 2.000 pesetas para la biblioteca del Colegio de La Paloma. El Banco de España gastó 5.000 pesetas y el Banco Exterior de España 400 pesetas. Otras entidades particulares como el Banco de Bilbao, el Banco Hispano-Americano y el Banco de Crédito Local también compraron libros por valor de 3.000, 1.800 y 400 pesetas respectivamente¹⁴. En 1935 la Inspección General de la Guardia Civil realizó un pedido de 19.000 pesetas, la Dirección General de Prisiones consignó 5.000 pesetas para las bibliotecas de los centros penitenciarios, la Diputación de Madrid invirtió 3.000 en libros y el Círculo de Bellas Artes 400 pesetas. Además, repitieron instituciones como Misiones Pedagógicas empleando la misma cantidad que el año anterior en la adquisición de obras, o bien aumentaron el presupuesto como el Banco de España que destinó 10.000 pesetas.

La participación de distintos organismos oficiales demostró el apoyo decidido de la Administración a la iniciativa particular de las ferias porque contribuían a la expansión del libro, y suponían un complemento a la política bibliotecaria para socializar la lectura. Además, la presencia de ministros y demás altos cargos tenían un importante significado simbólico de comunión con el objetivo de las ferias y de reclamo del público. Igualmente, la compra de títulos por parte de empresas privadas representaba un acto de prestigio social por el carácter cultural de las ferias y el amplio respaldo institucional. Por este motivo otras entidades públicas y privadas contribuyeron de distintas maneras a la celebración y difusión de las ferias como la colaboración desinteresada de la emisora radiofónica Unión Radio en todos los certámenes. En la segunda edición en 1934 la Compañía Madrileña de Tranvías colgó de los troles de los tranvías el gallardete distintivo de la feria. La empresa Publicidad de Billetajes imprimió la propaganda de la feria en trescientos mil billetes de los tranvías de las líneas Goya-Arguelles, Arguelles-Sol y Sol-Goya, a cambio de trescientos volúmenes de cinco pesetas, que los cuatro editores que formaban el Comité organizador facilitaron gratuitamente de sus respectivos almacenes. La Central de Fabricantes de Papel regaló veinticinco resmas de papel couché para confeccionar el programa de la feria y Luis Montiel lo imprimió y encuadernó también sin coste alguno. Y la Unión Eléctrica Madrileña facilitó el consumo del fluido eléctrico muy barato para la los micrófonos y la iluminación de las casetas. Asimismo, las compañías ferroviarias españolas concedieron rebajas del 40% sobre el precio ordinario de

¹⁴ En la II Feria, celebrada en 1934, participaron las siguientes firmas: las editoriales Aguilar, Sáenz de Jubera, Biblioteca Nueva, Pueyo, España, Revista de Pedagogía, Sociedad General Española de Librería, Yagües, Bergua, Atenea, Revista de Derecho Privado, Fax, Manuel Marín y G. Del Campo, Sociedad Bíblica, Saturnino Calleja, Revista de Occidente, Fénix, Ortiz, Editorial Hernando, Jorro, Dédalo, Espasa-Calpe, Castro, Cenit, Dalmau Carles y Pla, Salvat, Gustavo Gili, así como la Librería Galán, Librería Lacedonia, Librería "Crédito Editorial Hernando", Librería Nacional y Extranjera, Librería Felipe del Toro, Librería San Martín, Librería "El Hogar y La Moda", Librería Sousa y Pereda y Librería Letras.

los billetes a todos los asociados de las Cámaras del Libro para que asistiesen a la feria, utilizando este servicio ciento catorce profesionales del libro¹⁵.

Al mismo tiempo los fundadores de la feria reservaron casetas a instituciones oficiales y entidades privadas para conseguir una mayor imbricación de las ferias en el entramado cultural del país y de la ciudad de Madrid. Así para segunda feria se invitó a todos los países hispanoamericanos a través de los representantes diplomáticos para que expusiesen sus respectivas producciones bibliográficas. Pero, la falta de tiempo y de coordinación impidió la participación de los mismos, salvo la delegación mexicana. Además, contaron con stand la Junta para la Ampliación de Estudios, la Biblioteca Nacional y el Patronato Nacional de Turismo. En 1935 se volvió a invitar a las repúblicas hispanoamericanas, respondiendo nuevamente de manera favorable tan sólo México, aunque esta vez la remesa de libros del puerto de Veracruz no llegó en plazo. Se hizo también un llamamiento a las editoriales oficiales, pero los ministerios declinaron su participación. Repitieron la Biblioteca Nacional y la Junta de Ampliación de Estudios, y se dedicó una caseta a la obra de Lope de Vega, con motivo del tercer centenario de su muerte, y otras se cedieron a la Asociación de Artistas Ibéricos para que mostraran sus pinturas y dibujos. En la cuarta feria tuvieron representación los Ministerios de Agricultura y de Industria y Comercio, la Academia de Lengua, el Banco Central, aparte de la Biblioteca Nacional y la Junta para la Ampliación. Por tanto, la presencia de centros de publicaciones oficiales en las ferias posteriores hasta la actualidad tiene un claro precedente en las ferias republicanas. Igualmente, la presencia de un país invitado en la feria para que muestre lo mejor de su producción bibliográfica, con especial atención a las traducciones, difundiendo su cultura y su idioma, aparte de dar a conocer a sus autores más representativos a lo largo de la historia, está íntimamente vinculado al origen de las primeras ediciones de la feria, donde la vocación era claramente hispanoamericana.

El propósito de los editores se consiguió con una gran asistencia de público y un alto porcentaje de ventas, según las cifras de las firmas, los testimonios de los contemporáneos, los artículos de prensa y las fotos de la época. No en vano el editor Ruiz Castillo en la clausura de la exposición de los proyectos arquitectónicos para la segunda edición, en diciembre de 1933, esperaba que con los años esta feria se consolidase y fuese para España e Hispanoamérica equiparable a la Feria de Leipzig. La enorme repercusión de la I Feria y sus resultados económicos animaron a las editoriales a repetir la experiencia en los años sucesivos. De este modo los días de duración se fueron ampliando, así como el número de participantes incluyendo a editoriales catalanas como Dalmau Carles y Pla, Salvat, Sopena, Juventud, Muntaner y Simón, Labor o Gustavo Gili, algunas librerías como la Librería San Martín, Enrique Prieto, El Hogar y la Moda o Librería Nacional y Extranjera entre otras, aparte de entidades culturales oficiales. La recaudación total de las cuatro ferias alcanzó las 793.584,05 pesetas. La I Feria con una duración de una semana del 23 al 29 de abril recaudó 43.399,75 pesetas, y las ventas durante los diez días de feria en 1934 ascendieron a 213.396,15 pesetas. En 1935 con diecinueve días de feria se vendieron libros por valor de 285.122,09 pesetas, y en la feria del Frente Popular que se celebró del 24 de mayo al 2 de junio se ingresaron 238.666,05 pesetas.

¹⁵ Vid. "Informe resumen del Comité organizador de la II Feria del Libro de Madrid", presentado a sus compañeros editores, en *Bibliografía General...*, mayo de 1933, pp. 89-95.

Acaba la Semana del Libro. Siete días que han llenado nuestro paseo de Recoletos de algarabía, de altavoces y de colorines...

La eficacia de esta primera Feria del Libro ha sido indudable. Más que como negocio, como propaganda, como iniciación de un camino, como siembra. Merced a esta primera Feria, gente que no conocía libros leerá ahora por primera vez.

[...] La venta ha sido crecida, sobre todo en las instalaciones de libros baratos. He aquí uno de los rasgos principales —a caso el principal— de la fiesta: *el éxito extraordinario de las publicaciones populares, asequibles por su precio a toda clase de público. Los volúmenes baratos se han vendido por miles.*

[...] *Ha habido un gran número de mujeres compradoras. Y no de libros frívolos, de novelas banales de esas que hasta hace poco eran la lectura única de las mujeres. Libros de alta literatura, obras de preocupación y de estudio se han visto frecuentemente en manos de lectoras...*

Ha habido también un gran contingente de obreros, de trabajadores de todas clases. Mediada la tarde, a la hora de la salida de los talleres y las oficinas, el paseo se llena. Centenares de personas se arraciman ante los libros expuestos, [el subr. es mío. A.M.R.]¹⁶.

Sobre la reducida participación de librerías cabe destacar que la celebración de las ferias desató un grave conflicto de intereses y de poder en la Cámara del Libro de Madrid entre editores y libreros de nuevo por las condiciones de venta al público y el protagonismo editorial en la organización. Este enfrentamiento revelaba las características de cada gremio. Los editores eran un sector más moderno y dinámico, abierto a iniciativas innovadoras que impulsaran la difusión del libro en el país como las Ferias del Libro y las actividades desarrolladas por la Agrupación de Editores Españoles. Sin embargo, los libreros eran un sector más heterogéneo donde convivían editores con librería, libreros que editaban, y numerosos pequeños comerciantes. Debido a la escasa capitalización de la mayoría de establecimientos y a las limitaciones del mercado español no podían embarcarse en aventuras que hicieran peligrar sus negocios. Se oponían a toda novedad que alterara el sistema de venta del libro y, por este motivo recelaban de los editores, de las grandes librerías, de los libreros de lance y de la venta ambulante. Eran contrarios a las injerencias en su parcela de trabajo, una vez que habían sido desplazados de la producción de los libros por los editores. Consideraban que las ferias eran un grave perjuicio para las librerías porque favorecían la venta de los editores directamente al público con el consiguiente descuento, malacostumbrando a los clientes. Al mismo tiempo, fomentaba la venta callejera ilegal y provocaba el desplazamiento del mercado al Paseo de Recoletos durante demasiados días. Los libreros abogaban por llevar el público a las librerías en vez de sacar los libros a la calle en busca de compradores. Incluso durante la celebración de la primera edición se repartieron hojas volanderas anónimas en los que se aconsejaba al público no comprar en la feria y acudir a las librerías donde encontrarían más surtido e igual descuento¹⁷.

No supieron ver que a medio y largo plazo esta iniciativa acabaría repercutiendo beneficiosamente en sus negocios, ya que la feria sólo se celebraba una vez al año,

¹⁶ *La Libertad*, Madrid, 30 de abril de 1933.

¹⁷ Giménez Siles, Rafael: *Retazos de una vida de un obstinado aprendiz de editor, librero e impresor, librero e impresor Feria de Libro de Madrid. Agrupación de Editores Españoles*, México, Imprenta Azteca, 1981, p. 46.

pero el resto de días los compradores de libros tenían que acudir a sus comercios para adquirir nuevos títulos. Aunque el desencuentro entre editores y libreros por la venta y el precio del libro era antiguo, se agudizó por las condiciones de venta y el protagonismo editorial en las ferias. Además, el pedido de la Guardia Civil, suministrado por la Librería Crédito Editorial Hernando en la feria de 1934, y por la Librería Sousa y Pereda en la de 1935, representó un ejemplo de competencia desleal porque en ambos casos se aplicó un descuento de 20% y se realizó directamente con estos comercios sin ser comunicado al Comité para que se repartiera entre todos los feriantes. Aparte de vulnerar las normas establecidas de la feria, esta circunstancia entorpecía los proyectos de reglamentación de la venta del libro, aunque ponía de manifiesto la necesidad de regular el comercio del libro. Las relaciones entre la sección de editores y la sección de libreros de la Cámara del Libro fueron muy agrias y tensas, llegando a convertirse estas secciones gremiales en asociaciones profesionales de defensa. Hasta tal punto que, en las elecciones de junio de 1935 para renovar el pleno de la Cámara del Libro, los libreros de nuevo contrarios a la feria se aliaron con los representantes de artes gráficas para desplazar a los editores partidarios de las ferias de los cargos directivos. De esta manera en la feria de 1936, la primera que tuvo carácter oficial, los libreros fueron los protagonistas de su organización. El antiguo comité organizador de las anteriores ferias, formado por Ruiz Castillo, Aguilar, Sáenz de Jubera y Giménes Siles, fue sustituido por los libreros Esteban Dossat, Roberto San Martín, el gerente de la Revista de Derecho Privado, Juan Navarro Palencia, y el de la editorial Saturnino Calleja, Boris Bureba. Cabe destacar que los libreros barajaron la posibilidad de suprimir el descuento del 10% en las ventas, pero lo descartaron conscientes del efecto negativo que tendría y a la espera de la aprobación de una regulación de la venta de obras.

El Paseo de Recoletos se transformó en un espacio de sociabilidad, donde convivían distintos colectivos de la ciudad compartiendo su interés por el libro. El paisaje urbano se reconocía por las casetas, los carteles colgados entre los árboles con aforismos de escritores famosos que incitaban a la lectura, y el bullicio del público paseante y comprador. Se distinguían gorras, sombreros, sotanas, uniformes y vestidos ya que acudían gentes de toda condición social y profesional. Los niños y las mujeres se confundían con los profesionales de traje, los obreros de blusón, los militares y los religiosos. La feria puso en contacto a toda la sociedad con el libro ya que las librerías tenían un carácter más restrictivo, reservado a los profesionales, universitarios, intelectuales y a las clases ilustradas. Además, su ubicación en el centro de las ciudades y su carácter más elitista alejaban de su interior a las clases más populares intimidadas por el perfil de su público.

[...] el pueblo no entra a las librerías. Por su aspecto y por su tradición, las librerías tienen algo de recinto sacro, para iniciados solamente. Por eso la República debería invitar al libro a salir a la calle con frecuencia. Debería fomentar en el libro el espíritu golfo. Es una de las pocas cosas que puede hacer la República sin que se enfaden mucho sus enemigos. Ayer, por ejemplo, al inaugurarse la feria del libro, no cerraron sus balcones los palacios de Recoletos y la Castellana. Y bien sabe Dios que ésta era una fiesta bastante más republicana que la parada militar de hace unos días¹⁸.

¹⁸ “Los libros golfos” de Heliófilo en *Luz*, 24 de abril de 1933. Cabe destacar que este artículo fue publicado el mismo día de la muerte del periodista, Félix Lorenzo.

Este texto resulta muy revelador sobre la gran aportación de la feria, acercando los libros a la población y saliendo al encuentro de los lectores, debido a las características de las librerías. Pero, sobre todo, destaca la identificación que hace el periodista, Félix Lorenzo, bajo el seudónimo de *Heliófilo*, de la feria como una fiesta republicana, más acorde con los valores democráticos y republicanos que los desfiles militares que habían conmemorado el aniversario de su proclamación días antes. En esta misma línea se entienden las palabras del editor catalán Gustavo Gili en la de la feria de 1935, incitando a la lectura al pueblo de Madrid y manifestando que la feria del libro “*ha de llegar a ser la fiesta republicana por excelencia, la gran fiesta cultural del pueblo madrileño, que atraiga a todos los españoles, que sustituya noblemente a las tradicionales fiestas de San Isidro*”, [la cursiva es mía]¹⁹. La identificación entre esta manifestación libresca y la democracia republicana también se reflejó en el destacado lugar que ocuparon el escudo nacional y la bandera tricolor a la entrada de los diferentes recintos feriales.

De la misma manera destaca el artículo de Alardo Prats en *El Sol* con motivo de la segunda edición de 1934, donde definía la feria como un espacio de debate y de libertad. Libertad de prensa y de opinión, porque circulaban todo tipo de publicaciones y porque los asistentes podían tocar los libros, hojearlos, mirarlos, leer fragmentos, así como establecer discusiones y argumentaciones al hilo de la temática de los títulos. Las ferias se convirtieron en un lugar de participación ciudadana y democrática al calor de los nuevos tiempos.

nuestro paseo de Recoletos, donde los libros de ciencias y apariencias más contradictorias, concurren ante el público y lanzan el grito tentador de sus portadas de colorines o de sus severas rotulaciones. *¿Libertad? Esta es la verdadera avenida de la Libertad. Y también de discusión.* Cuando al atardecer de uno de estos días nos acercamos a un grupo de obreros y estudiantes, la sorpresa nos salió al paso al lanzarnos, como un matasuegras de esta verbena alegre y trascendente del libro en la calle, la siguiente pregunta un joven obrero vestido de mahón: –Compañero, ¿quieres controversia? La controversia estaba ya entablada. Un grupo compacto ante un “stand” donde se alineaban muchedumbre de libros y folletos marxistas, comunistas, revolucionarios desde el título hasta el “se imprimir”, braceaba y derrochaba dialéctica materialista. La discusión va tomando varias proporciones, y el grupo donde aquella crepita crece hasta obstruir la circulación. Coyuntura propicia. Octubre rojo. Revolución. Contrarrevolución. Proletariado y pequeña burguesía. Salarios y organización del trabajo. Anarcosindicalismo y socialismo. Lenin y Trotski. Guerra imperialista y fracaso del capitalismo. Se cruzan y entrecruzan estas palabras en la discusión. No lejos del grupo, dos guardias de Seguridad, apoyados en sus mosquetones, se sienten transidos por una viva “escama”. ¿No pretenderán éstos organizar aquí una manifestación comunista?, se preguntan. Los discutidores no se preocupan de la presencia de los guardianes públicos. Siguen discutiendo. En un momento en que uno de los más avispados participantes de esta singular controversia en tumulto aduce un texto de autoridad, surge una voz: –Eso habría, habría que ver si es verdad. –¿Cómo, si no?. Ahora mismo. Y se acerca al “stand” para pedir prestado ¡un

¹⁹ Memoria de Secretaría de 31 de mayo de 1935 de la Agrupación de Editores Españoles, reproducida en Giménez Siles, Rafael: *Retazos de una vida...*, p. 81.

momentito! un libro de Engels. Lee el párrafo con que ha argumentado, y exclama luego: –¿Está claro?. Textos cantan..., [la cursiva es mía]²⁰

Asimismo, se realizaron distintos actos culturales como óperas, representaciones teatrales, conciertos y lecturas públicas. De este modo en la III Feria, en 1935, la visita a las casetas y la compra de libros finalizaba con actuaciones de teatro, guiñol y conciertos de la Banda Municipal, de la Banda Republicana y de la Mesa Coral de Madrid. El grupo La Tarumba representó con marionetas el *Retablillo de Don Cristóbal* de Federico García Lorca, el entremés de Cervantes, *Los habladores*, y la escenificación del cuento de *El Conde Lucanor*. El Teatro Escuela de Madrid también interpretó escenas de obras de Lope de Vega como *Fuenteovejuna* y *La corona merecida*. Además, escritores como Ramón J. Sender, Eduardo Zamacois, Copus Barga, Alberto Insúa o Rivas Cherif pronunciaban charlas en los micrófonos de Unión Radio que animaban a la compra y lectura de libros, aludían al panorama literario del momento en relación con la situación política, y elogiaban esta iniciativa de llevar los libros a los ciudadanos a pie de calle²¹. Asimismo, firmaron ejemplares de sus obras a los compradores, ritual que se sigue realizando en las ferias actuales. Se dedicaron días especiales a los niños, a las mujeres y a los obreros para fomentar la compra entre estos colectivos. En 1934 por iniciativa del concejal socialista, Manuel Muiño, se hacía otro descuento extra del 10% a todo comprador que presentase un carnet de sociedad obrera durante la tarde del sábado. En 1935 el domingo 19 de mayo estuvo dedicado al público infantil. El famoso autor Antonio Robles contó un cuento y dedicó numerosos ejemplares a sus seguidores. La Sociedad General Española de Librería contribuyó a animar el día con la aparición de dos muñecos de pingüinos²². Cabe destacar que en todas las ediciones durante las tardes acudían niños acompañados de sus maestros, que miraban los cuentos y los libros de estampas con gran curiosidad e interés.

Respecto a la diversidad de clientes y a la amplia oferta editorial impulsada por la libertad de prensa se vendieron títulos dispares y heterogéneos como obras políticas, cuentos infantiles, libros religiosos, literarios, o de economía. En la I Feria los títulos más vendidos fueron *Sonata de estío* de Valle-Inclán, *Sin novedad en el frente* de Remarque, *La ilustre fregona* de Cervantes, *Los que no fuimos a la guerra* de Fernández Flórez, *La*

²⁰ Alardo Prats, “Un paseante en la feria del libro”, en *El Sol*, 11 de mayo de 1934.

²¹ En la II Feria de 1934 entre las numerosas conferencias impartidas destacaron: “Lectura popular y familiar” de Gabriela Mistral, “Riesgos y aventuras del novelista” de Concha Espina, “El libro y la juventud” de Gregorio Marañón, “El libro y la mujer” de Benjamín Jarnés, “Los libros y la mujer” de Magda Donato, “Decadencia de la novela amorosa” de Pedro Mata, “También el libro tiene enemigos” de Wenceslao Fernández Flórez, “Defensa del libro difícil” de Guillermo de la Torre, “Libros, librerías y libreros” de Alfredo Ramírez Tomé, “El libro encadenado” de Ramón J. Sender, “Apología del libro” de Pedro de Répide, “Libros para el pueblo” de María Martínez Sierra (Lejárraga), “El lector obrero” de Antonio Ramos Oliveira, “Un obrero en la Feria del Libro” de José M^o Quiroga Pla, o “Lectores obreros” de Julián Zugazagoitia, en *Bibliografía General...*, Mayo de 1934, pp. 78-83.

²² En la III Feria de 1935 concurren los siguientes sellos: Editorial Apostolado de la Prensa, S. A., Editorial Cenit, S. A., Espasa-Calpe, S. A., Editorial Revista de Pedagogía, Editorial Bergua, Editorial Dédalo, Sociedad Bíblica, Manuel Aguilar, Biblioteca Nueva, Sociedad General Española de Librería, S. A., Editorial Pueyo, S. L., Sáenz de Jubera Hermanos, Ediciones Fax, Editorial Fénix, Editorial Signo, Editorial Góngora, Editorial Revista de Occidente, Editorial Revista de Derecho Privado, Editorial Saturnino Calleja, S. A., Juan Ortiz, Javier Morata, Editorial Castro, S. A., Muntaner y Simón, S. A., Salvat, Editores, S. A., Editorial Labor, S. A., Gustavo Gili, Editorial Ramón Sopena, S. A., Editorial Juventud, S. A., Dalmáu Carles Pla, S.A., Librería Nacional y Extranjera, Librería San Martín, Librería Enrique Prieto, Librería El Hogar y La Moda, Librería Sousa y Pereda, y Librería Yagües.

“*tournée*” de Dios de Jardiel Poncela, *El bolchevismo y su obra* de Kerenski, y obras de clásicos como Homero, Platón, Shakespeare, Quevedo, o Rousseau, y de autores más modernos como Dostoievski, Óscar Wilde, o H. G. Wells. En la feria de 1934 los libros que tuvieron más éxito fueron las obras de Freud editadas por Biblioteca Nueva, el libro de Pío Baroja, *Las noches del Buen Retiro*, publicado por Espasa-Calpe, la biografía de Ramón y Cajal, *El mundo visto a los ochenta años*, y *Cuando las Cortes de Cádiz* de Pemán. Igualmente tuvieron mucha aceptación los libros de sociología, los textos de economía y los políticos, destacando las colecciones baratas de las editoriales Dédalo y Bergua, especializadas en títulos de teoría socialista. También se vendieron bien los libros religiosos de la Sociedad Bíblica, aunque el libro que batió todos los récords fue el cuento de Elena Fortún, *Celia*, editado por Aguilar. Existía demanda para todo tipo de obras en relación con las diversas inquietudes del público y con las distintas concepciones sociales que existían del libro. En este sentido unos consideraban el libro como agente de instrucción y aprendizaje, otros como vehículo de progreso, o bien como mero entretenimiento, pero para muchos también era un símbolo de emancipación social. El libro formaba parte del conjunto de la sociedad y había dejado de ser un privilegio o un signo de status exclusivo. De hecho, una de las características más destacadas del régimen republicano fue la ruptura de los circuitos de venta y de lectura socialmente restringidos debido a la extensión de las bibliotecas públicas, a las ferias que salieron al encuentro del público lector. La presencia de las masas en la vida política y social despertó en los ciudadanos una inusitada inquietud por los libros y las cuestiones culturales para conocer y ejercer mejor sus nuevos derechos. Esta iniciativa editorial contribuyó a la difusión y expansión del libro entre la sociedad madrileña, facilitando la compra de libros a los lectores. Además, la respuesta del público demostró que existía un ambiente cultural propicio y una demanda social de lectura importante:

La verdad es que nunca en España se vio el libro tan mimado, tan exaltado. En todos los ojos y edades; el viejo, la muchacha y el niño recorrieron despacio las instalaciones, leyeron ávidamente los catálogos, folletos; adquirieron no pocos volúmenes; escucharon atentamente las charlas del libro, esparcidas por los altavoces; leyeron las respetables sentencias colgadas de los árboles, como frutos de aquel otro famoso árbol de la ciencia²³.

En relación con la difusión y publicidad del libro destacaron la elaboración y distribución de diversos catálogos. En la II Feria se repartieron más de 500.000 catálogos de todas las editoriales y librerías concurrentes para dar a conocer toda la producción bibliográfica nacional y fomentar la expansión del libro. En la III se confeccionó un catálogo general de todas las casas feriantes con una tirada de 2.000 ejemplares, que se vendió al precio de 0,25 pesetas. Y en la cuarta el catálogo recogió los fondos editoriales de las casas concurrentes en cinco mil fichas bibliográficas, clasificadas en veinte grupos de materias y ordenadas alfabéticamente. También incluía un plano general del emplazamiento de los stands en la feria y un extenso artículo de Pedro de Répide, titulado “La nueva Feria de Madrid”²⁴, además de un índice correlativo de autores, de materias y otro de anunciantes²⁵.

²³ Jarnés, Benjamín: *Feria del libro*, Madrid, Espasa-Calpe, 1935, p. 27.

²⁴ En el *Catálogo de la IV Feria Oficial del Libro de Madrid*, Madrid, 1936, pp. 7-16.

²⁵ En la IV Feria de 1936 acudieron las siguientes casas: Editorial Aguilar, Editorial Pueyo, Editorial Labor, Sociedad Bíblica, Ediciones Fax, Editorial Bergua, Editorial Reus, Sociedad General Española de Librería, Editorial Revista de Derecho Privado, Editorial Victoriano Suárez, Editorial Signo, Editorial Magisterio Español, Edi-

Las ferias fueron reflejo de la socialización de la lectura, así como producto del ambiente cultural republicano. En un mercado preciso al aire libre coincidieron productores y público, pero de forma organizada, más allá de la eventualidad y provisionalidad de los libros vendidos en carritos o en puestos callejeros. Además, la feria se institucionalizó como una cita anual, donde se exponían obras nuevas con un 10% de descuento, en lugar del libro viejo y barato de la venta ambulante. Sus casetas se hicieron familiares en el madrileño Paseo de Recoletos cada primavera, identificándose como una fiesta republicana que reunía a editores, librerías, lectores y autoridades como miembros de un mismo fenómeno. Todos participaron de la difusión y de la socialización del libro²⁶. Asimismo, la experiencia de las ferias se propagó a través de las ondas de la radio que llevó a todos los rincones del país las conferencias y tertulias de escritores como Luis de Tapia, José Díaz Fernández, Gregorio Marañón o Antonio Robles, entre otros muchos, así como la interpretación de piezas musicales y actos culturales, e incluso retransmitieron en directo la inauguración de varias ferias.

Mediodía. Hora magnífica de afluencia de público. Compras a granel. Delante de los stands, racimos de espectadores. Y, entre ellos, varios grupos distintos. El de quienes miran los libros a distancia, sin demasiada codicia; el de los que piden catálogos, bien para madurar su pedido, bien por ese deseo pueril de no rechazar ninguna oferta gratuita; el de los que toman el libro de su anaquel, lo examinan, lo hojean y leen las páginas que están guillotizadas. Y, por último, los que ya van a tiro hecho y se abren paso entre el grupo de curiosos con la autoridad que les procura saber que van a comprar lo que los demás se limitan a examinar simplemente. [...] La Feria impondrá a todos la costumbre de comprar libros; pobres y ricos, hombres y mujeres... Como se compran juguetes la noche de Reyes²⁷.

Debido a los resultados positivos de las ferias madrileñas y a la precaria situación del comercio del libro en provincias, los editores decidieron extender la feria a toda España mediante dos camiones librería para acercar los libros a todos los públicos, independientemente de sus lugares de residencia, y así ampliar el número de clientes.

4. La extensión de las Ferias del Libro de Madrid a provincias

Las editoriales organizadoras de las ferias madrileñas y un grupo de las principales casas catalanas constituyeron en julio de 1934 la Agrupación de Editores Españoles para la difusión y propaganda del libro en castellano²⁸. Una de las principales

ciones Europa-América, Editorial Estudio, Biblioteca Nueva, Saturnino Calleja, Espasa-Calpe, Editorial Cenit, Sáenz de Jubera Hermanos, Revista de Occidente, Ediciones E.C.A., Editorial Atenea y La Nave, Editorial Prometeo, Dalmáu Carles Pla, Editores, Librería Nacional y Extranjera, Agencia General de Librería (Yagües), Librería San Martín, Librería Esteban Dossat, Librería de Ruiz Hermanos, Librería Sousa y Pereda, Librería Bailly-Bailliére, y Librería de Felipe del Toro.

²⁶ Martínez Martín, Jesús A.: *Editores, librerías y público en Madrid durante la II República*, Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, 2000.

²⁷ En "Horario de la Feria" en *Bibliografía General Española e Hispanoamericana*, mayo de 1934, p. 85.

²⁸ Fundaron la Agrupación de Editores Españoles las siguientes firmas: Editorial Atenea, Biblioteca Nueva, Editorial Bergua, Revista de Derecho Privado, Editorial Castro, S. A., Editorial Cenit, S. A., Revista de Pedagogía, Editorial Fénix, Revista de Occidente, Saturnino Calleja, S. A., Espasa-Calpe, S. A., Javier Morata Editor, Juan

actividades de esta entidad fue llevar la experiencia de las ferias al resto del país, continuando la labor emprendida por Misiones Pedagógicas de llevar libros a todos rincones del país. De este modo pretendían fomentar el mercado interior ya que eran conocedores de la débil red de distribución y puntos venta de libros. En muchas localidades de población media y que contaban con institutos de segunda enseñanza carecían de librerías. Además, la mayoría de los establecimientos de provincias vivían prácticamente de la venta segura de los libros de texto y apenas ofrecían otros títulos. En cualquier caso, la venta de libros en muchos casos era una actividad complementaria del negocio principal de papelería y material escolar. Pero la política bibliotecaria sentó las bases para ampliar el negocio cultural en España. Por este motivo los editores decidieron vender directamente sus publicaciones a los lectores ya que el propósito era fomentar el mercado librero interior. Según Giménez Siles, promotor también de esta iniciativa, el propósito era incitar a la lectura y resolver el problema de la circulación del libro por la falta de librerías en numerosas localidades del país.

Para poder recorrer distintas localidades y trasladar los libros se diseñaron dos camiones-stands, siguiendo el diseño de Arturo Ruiz Castillo²⁹. La idea fue planteada por el Ministro de Instrucción pública, Fernando de los Ríos, en el discurso de inauguración de la I Feria del Libro, donde habló de la posibilidad de crear una biblioteca ambulante y circulante transportada en camiones y autobuses a los pueblos y aldeas. El primer camión transportó dos toneladas de libros de las veintiséis editoriales agrupadas de Madrid y Barcelona. La carrocería del vehículo se abrió y en veinte minutos se convertía en una atractiva librería ambulante, donde se mostraban los diferentes títulos. Además, tenía un circuito eléctrico para iluminar los expositores, instalación radiofónica, micrófono, altavoces, tocadiscos y proyector de películas, alimentados por un generador eléctrico conectado al motor del automóvil. El aparato de cine y la colección de películas para atraer al público fueron cedidas por el Patronato de Misiones. El coste del primer camión ascendió a 38.407,05 pesetas.

A la llegada el camión era recibido por las autoridades, los niños de la escuela y buena parte de la población. Una vez instalado en la plaza y después de abrir los expositores, se izaba la bandera tricolor a los sonos del himno de Riego. A continuación, comenzaban las ventas de los libros, amenizando a los compradores con música. Sobre la implicación de las autoridades con esta feria itinerante destacan las palabras del gobernador civil de Huelva, Jerónimo Fernaud Martín en abril de 1935:

La Agrupación de Editores Españoles, con esta patriótica cruzada de cultura, realiza una obra digna de la colaboración de todos, y por eso, el Gobierno de la República y las autoridades, que estamos en el deber de secundar sus iniciativas, prestan a tan plausible empresa su apoyo incondicional y entusiasta. Poner el libro al alcance de todos y de cada uno de los pueblos es labor altamente instructiva, y por eso es indiscutible que la Agrupación de Editores Españoles realiza una obra cuyos resultados positivos pronto podrán advertirse en el futuro desenvolvimiento de la cultura nacional³⁰.

Ortiz Editor, Sociedad General Española de Librería, S. A., Manuel Aguilar Editor, Sáenz de Jubera Hermanos, Biblioteca Nacional, Junta para la Ampliación de Estudios, la Casa Editorial Araluce, Editorial Juventud, S. A., Editorial Labor, S. A., Editorial Ramón Sopena, S. A., Gustavo Gili Editor, Montaner y Simón, S. A., Salvat Editores, S. A., y Dalmau Carles Pla, S. A.

²⁹ *Vid.* Ruiz-Catillo Basala, José: *Memorias de un editor*; Madrid, Biblioteca Nueva, 1986, pp. 291-293.

³⁰ Memoria de la Agrupación de Editores Españoles, recogida en Giménez Siles, Rafael: *Retazos de vida de...*, pp. 59-60

El camión solía estar un día en los pueblos con población mediana y dos días en las localidades más grandes, a veces visitaban en un mismo día dos localidades muy pequeñas. Antes de abandonar cada pueblo el responsable de la librería con ayuda del alcalde nombraba a un representante de la Agrupación de Editores entre los vecinos para mantener el contacto con las editoriales, hacerse cargo de los envíos posteriores y difundir los catálogos. También se encargaría de cuidar la biblioteca formada con el lote de libros donados por los editores. La Agrupación entregaba una colección equivalente a la subvención municipal destinada a la compra de libros, donde figuraban títulos de todas las editoriales asociadas para dar a conocer la producción bibliográfica de cada casa. En las localidades donde existía biblioteca municipal creada por la Junta de Intercambio los libros comprados por el Ayuntamiento y los donados pasaban a formar parte de sus fondos.

Los camiones realizaron varias giras provinciales que se iniciaban en las capitales respectivas, aparte de la primera salida a modo de ensayo que se realizó a San Lorenzo de El Escorial. Así recorrió numerosos pueblos de Badajoz, Málaga, Cádiz, Huelva, Ávila, Segovia, Guadalajara y Guipúzcoa. En el itinerario por Málaga y su provincia, iniciado el 13 de febrero de 1935, contaron con la colaboración del Gobernador Civil, el escritor Alberto Insúa. En diecinueve días el camión recorrió veintitrés localidades y la capital, distribuyendo 3.661 libros por valor de 13.302,65 pesetas, incluidos los 1.693 libros que compraron los ayuntamientos por valor de 8.300 pesetas. En Málaga ciudad se compraron 269 libros, en el pueblo de Alameda, 117 obras, en Sierra de Yeguas 113 volúmenes, y en Villanueva del Río con 3.188 vecinos y una Biblioteca Municipal adquirieron 101 libros. También pasaron por Cartama, Alora, Alhaurín el Grande, Caín, Fuengirola, Marbella, Nerja, Torrox, Vélez-Málaga, Colmenar, Villanueva del Trabuco (Biblioteca Municipal), Archidona, Antequera (Biblioteca Municipal), Molina, Fuentepiedra, Campillos, Teba, Almargen, Cañete la Real, y Ronda. En esta provincia la editorial Ramón Sopena de Barcelona ganó 1.263 pesetas con la venta de 214 libros, seguida por la casa Bergua que repartió 514 obras por importe de 831 pesetas, y la firma Juventud que obtuvo 749 pesetas con 210 libros vendidos. El 40% de las ventas de cada editorial iba a parar a los fondos de la Agrupación para costear los gastos del camión.

Otro autor Luis de Armiñán dirigía el Gobierno civil de la provincia de Cádiz y prestó gran atención a la organización de la visita del camión librería. Este recorrido que se desarrolló del 5 al 22 de marzo de 1935, paró en diecinueve pueblos y en la ciudad de Cádiz, repartiendo 3.379 libros por valor de 14.834,15 pesetas. La subvención de los municipios alcanzó 10.350 pesetas con las que se adquirieron más de la mitad de los libros, 1.782. En la capital compraron 200 volúmenes que importaron 580,20 pesetas. En Jerez de la Frontera se gastaron 560,40 pesetas por la compra de 113 obras, y Algodonales adquirió 164 libros por 232,05 pesetas. Los otros pueblos que visitaron fueron La Línea, San Roque, Algeciras, Tarifa, Conil, Chiclana de la Frontera, San Fernando, Puerto Real, Puerto de Santa María (Biblioteca Municipal) Rota, Sanlúcar de Barrameda (Biblioteca Municipal), Alcalá de los Gazules, Medina Sidonia, Arcos de la Frontera, Bornos, Villamartín, Setenil, Alcalá del Valle y Torre Alháuquime. La editorial Sopena volvió a obtener más ingresos con 1.640 pesetas por la venta 339 libros, Biblioteca Nueva consiguió 817,50 pesetas con 138 volúmenes, y la casa Bergua vendió 462 obras por valor de 791,50 pesetas. Sólo entre El Escorial, las tres provincias andaluzas y Badajoz se repartieron 13.778 volúmenes por valor de 50.6333,8 pesetas, cifras más que respetables si tenemos en cuenta que

eran zonas de alto analfabetismo y difíciles condiciones de vida, donde no sobraba precisamente dinero para comprar libros.

La estancia del camión en los pueblos representaba todo un acontecimiento en la vida cultural y social de los mismos como la visita de Misiones Pedagógicas o la instalación de una biblioteca pública por la Junta de Intercambio. Mientras permanecía instalado organizaba una verdadera fiesta cultural con música, cine y lecturas. Podían adquirirse libros nuevos y modernos como en las ciudades que contaban con librerías, y además las compras municipales permitían la lectura a los habitantes que carecían de capacidad adquisitiva para hacerse con libros en propiedad.

La expectación que ha despertado nuestro camión-stand en cuantos pueblos visitó fue enorme. Y téngase en cuenta que sólo visitamos localidades de alguna consideración, pueblos, algunos de ellos, con veinte mil habitantes y sin ninguna librería... El camión se hizo popular por todas las carreteras que recorrió. Los chicos le aplaudían y vitoreaban; las personas mayores le saludaban con alegría; las gentes en general, le llamaban el “camión de los libros” y también “el camión que habla”. En este primer circuito ha sido sorprendente el interés con el que nos miraban y hojeaban los libros. Muchos los compraban, pero a todos se les daba a examinar el volumen que les atraía. Principalmente se han vendido Diccionarios, “Quijotes”, obras de Medicina, Derecho, Agricultura, Veterinaria, Industrias Aplicadas. Luego, libros de ciencias aplicadas, manuales, etc³¹.

De este modo esta librería ambulante se convirtió en un instrumento eficaz de propaganda del libro y de promoción de la lectura. Los camiones fueron requisados por el célebre Quinto Regimiento y acabaron sus días en la Sierra de Guadarrama durante la guerra civil, llevando lecturas a los soldados del frente leal a la República hasta que fueron destrozados por la metralla enemiga.

5. Conclusiones

Las primeras Ferias del Libro de Madrid se identificaron con el proyecto cultural republicano, en consonancia con la configuración de la sociedad de masas y la construcción de la joven democracia. Fueron manifestaciones cívicas de exaltación cultural y libresca en un ambiente lúdico y pacífico. Estos actos de elogio del libro y de la lectura reunieron a autores, profesionales del libro, lectores y autoridades. Aparte de las obras, el gran protagonista de las ferias fue el público, a quien iba dirigida esta actividad y que respondió muy favorablemente con su participación. Por este motivo las ferias fueron un espacio de sociabilidad y de participación ciudadana.

La asistencia del público y la compra de libros en las ferias de Madrid y en las rutas del camión-librería de la Agrupación de Editores expresaron el interés de la sociedad republicana por el libro. La gente respondió a las realizaciones de la política oficial y a las actividades de los profesionales del libro. Las ferias fueron un producto del ambiente cultural republicano y, al mismo tiempo reflejo de la socialización de la lectura. Asimismo, contribuyeron al desarrollo de la industria editorial que presentaba su mejor producción y más novedosa a todos los visitantes. En definitiva,

³¹ Palabras del incansable Giménez Siles, que acompañó al camión librería en todos sus viajes, recogidas en el artículo “Los libros en los pueblos. El camión de la “Agrupación de Editores” a través de España”, en *Almanaque literario*, Madrid, 1935, pp. 295-296.

se convirtieron en una fiesta de exaltación del libro y de los valores republicanos y democráticos, debido a la participación de las masas y al apoyo institucional.

El éxito de la fórmula puesta en marcha en esos primeros certámenes explica que se haya mantenido en el tiempo, a pesar de las interrupciones y modificaciones. De hecho, cabe destacar que, salvando la distancia cultural y el contexto sociopolítico, las ferias actuales mantienen algunas características esenciales de las primeras ediciones. En primer lugar, siguen siendo muy populares, formando parte de la vida cultural de la ciudad de Madrid, ya que están destinadas al público. No se trata de una feria de carácter profesional, los protagonistas son los lectores y los compradores, atraídos por el descuento del 10% sobre el precio de venta y por la gran oferta de publicaciones debido a la concentración de editoriales y librerías. Se sigue celebrando al aire libre con casetas prefabricadas, aunque en un escenario diferente. Los profesionales presentan el grueso de sus novedades bibliográficas con fines comerciales y culturales ya que con las ventas impulsan la industria editorial, desarrollan el comercio librero y fomentan la lectura. En segundo lugar, favorece el contacto directo con los autores gracias al ritual de la firma de ejemplares. Y, por último, la feria promociona diversos actos culturales como conferencias, debates, lecturas en público, cuentacuentos o mesas redondas, que contribuyen a la difusión del libro y de la lectura entre distintos colectivos sociales. La mayoría de estos objetivos y muchas de las actividades asociadas ya estaban presentes en las ferias originarias.

8. Referencias bibliográficas

- Azaña, Manuel, *Memorias políticas 1931-1933*, Barcelona, 1978.
- Cendán Pazos, Fernando: *La Feria Nacional del Libro: Apuntes para su historia*, Madrid, INLE, 1960; *Historia de la Feria del Libro (1933-1936)*, Madrid, Cendán, 1987.
- Cendán Pazos, Fernando: *La Fiesta del Libro en España. Crónica y miscelánea*, Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 1989.
- Giménez Siles, Rafael: *Retazos de una vida de un obstinado aprendiz de editor, librero e impresor, librero e impresor Feria de Libro de Madrid. Agrupación de Editores Españoles*, México, Imprenta Azteca, 1981.
- Hidalgo, Diego: *¿Por qué fui lanzado del Ministerio de la Guerra? Diez meses de actuación ministerial*, Madrid 1934.
- Jarnés, Benjamín: *Feria del libro*, Madrid, Espasa-Calpe, 1935.
- Martínez Martín, Jesús A.: *Editores, libreros y público en Madrid durante la II República*, Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, 2000.
- Martínez Rus, Ana: “La difusión de la lectura en la sociedad republicana: ciudadanos, política y editores” en Marie-Claude Chapat y Bernard Sicot (eds.): *Regards: Résistances et Exils*, París, Université Paris X-Nanterre, vol. 8, pp. 87-100.
- Martínez Rus, Ana: “La République des Lettres: éditeurs et librairies en Espagne (1931-1936)” en *Mouvement Social*, 219-220, (2007) pp. 93-105.
- Martínez Rus, Ana: “Ciudadanos y libros: la política bibliotecaria de la Segunda República” en Claudia Cabreo Blanco, Xuan F. Bas Costales, Víctor Rodríguez Infesta, y Sergio Sánchez Collantes (coords.): *La escarapela tricolor. El republicanismo en la España contemporánea*, Oviedo, KRK, pp. 697-710.
- Martínez Rus, Ana: “La biblioteca pública, un derecho democrático (1931-1939)” en Pedro Manuel Cátedra García, M^a Luisa López Vidriero y M^a Isabel Páiz Hernández (coords.):

La memoria de los libros: estudios sobre historia del escrito y de la lectura en Europa y América, Salamanca, Fundación Germán Sánchez Ruipérez/Fundación Duques de Soria, 2004, vol. 2, pp. 229-244.

Martínez Rus, Ana: “La expansión de la lectura: las iniciativas editoriales durante la Segunda República” en *Biblioteca en guerra*, Madrid, Ministerio de Cultura, 2005, pp. 109-121.

Martínez Rus, Ana: “La lectura pública en la Segunda República” en Jesús A. Martínez Martín (ed.): *Historia de la lectura, Ayer*, 58, (2005), pp. 179-203.

Martínez Rus, Ana: “Las bibliotecas y la lectura. De la biblioteca popular a la biblioteca pública” en Jesús A. Martínez Martín (dir.): *Historia de la edición en España (1836-1936)*, Madrid, Marcial Pons, 2001, pp. 431-454.

Martínez Rus, Ana: *La política del libro durante la Segunda República: socialización de la lectura*, Gijón, Trea, 2003.

Rodrigo Echalecu, Ana M^a: *El libro autárquico y la biblioteca nacionalcatólica. La política del libro durante el primer franquismo: 1939-1951*, Zaragoza, PUZ, 2018.

Ruiz-Catillo Basala, José: *Memorias de un editor*; Madrid, Biblioteca Nueva, 1986.

Santonja, Gonzalo: *La República de los libros. El nuevo libro popular de la Segunda República*, Barcelona, Anthropos, 1986.